

Lo arroja, y con fuerza igual  
Parten el saco y él mismo.

Un punto, al sentir el rudo  
Tirón, alargó aterrado  
Las manos, y asir al lado  
Árbol o zarza no pudo.

Roncos gritos de agonía,  
Que a Román hieren cual dardos,  
Repiten los ecos tardos  
De la barranca sombría;

Y el grave rumor los sella  
De un cuerpo que, en lo más hondo,  
En los peñascos del fondo,  
Tras cien rebotes, se estrella.

Va a partir, fuera de sí,  
Inés, de Román en busca,  
Y más su razón se ofusca  
Viendo a este joven allí.

Duda si sueña o delira,  
Y se detiene turbada;  
Mas de Román la mirada  
Despide rayos de ira.

Rompiendo, a poco, el silencio  
La dice:—Quisiera en vano

Desentrañar el arcano  
De todo cuanto presencio.

Mas lo que veo es de suerte  
Que horror, Inés me causáis:  
El incendio en pos dejáis  
Trayendo a un hombre a la muerte.

Y, no sé si desvarío;  
Mas agora hasta sospecho  
Que habéis ahogado en su lecho  
A vuestro esposo y mi tío.

—¿Tales palabras me dices  
Cuando el camino te allano  
Para que en clima lejano  
Los dos vivamos felices?

—Manchado el camino queda  
De sangre humana; a fe mía,  
Mi planta resbalaría  
En él; que os siga quien pueda!

Asaz castigado estoy  
Por este afecto bastardo:  
Clavado en el alma un dardo  
He de llevar desde hoy.

Pero mi deber me ordena  
Que, al dirigiros mi adiós,

Diga a vuestro oído: «Vos  
No séis mujer, sino hiena.»

Se aleja con paso presto  
El amante, y queda Inés  
Como clavados los pies,  
Muda, y asombrado el gesto.

Volviendo de su estupor,  
Siéntese animada y fuerte:  
Sólo una lágrima vierte,  
Pero es de hiel y rencor.

El rumbo toma resuelta  
De la finca, a los reflejos  
Del incendio en que arde al lejos  
En humo y llamas envuelta.

Espectáculo tal viendo,  
Del pueblo la gente sale,  
Por si su ayuda algo vale  
A toda prisa acudiendo.

Con otros vino el alcalde;  
La causa del fuego, y  
Por qué el amo no está allí  
Trata de inquirir en balde;

Cuando, pálida, el esbelto  
Rico talle mal ceñido,

Lleno de lodo el vestido,  
El cabello húmedo y suelto,

Inés llega y da noticia  
De los hechos a su modo:  
Que es Román reo de todo  
Declara ante la justicia.

Así en pechos inconstantes  
Truecan desengaños luego  
En odio implacable y ciego  
Todo el cariño de antes.—

Mas con pesquisas sutiles  
Por el uno y otro lado,  
En vano al mozo acusado  
Buscaron los alguaciles.

Que, a Doña Inés conociendo,  
Temió la nueva celada,  
Y va por senda excusada  
Desde antes del alba huyendo.

Y como inaudito fuera  
Que en lance tal con su vara  
La justicia no alcanzara  
A un individuo siquiera;

Tras de redactar con seso,  
Verdad, presteza, y soltura

La información que figura  
De cabeza del proceso,

Lleva el alcalde consigo  
Hacia el pueblo y la ciudad  
Presa a Inés, en calidad  
De acusadora y testigo.

## XI

## Conclusión.

Iba a decirme el guía  
Lo que supe después por otras gentes:  
Que en ese mismo día  
La barranca explorando diligentes  
Mezclados alguaciles y aldeanos,  
De un árbol en las ramas detenido  
El saco hallaron en que fué Don Lope  
Por su verdugo y su mujer metido.  
Que, prosiguiendo las pesquisas luego,  
Tras fatigas inútiles no pocas  
Y cuando el sol desde el zenit abrasa,  
Del fondo vieron en las negras rocas  
De otro cadáver la sangrienta masa.  
Que, a declarar llamados,  
Cual es de suponer, los convidados

A la mesa de Aranda, el juez se impone  
Del extraño incidente  
Que a la fiesta dió fin súbitamente.  
Que, poco a poco, la verdad desnuda  
Apareciendo va, y en que la esposa  
Es responsable de la muerte odiosa  
Del hidalgo infeliz, no cabe duda.  
Que a Madrid la noticia del suceso  
En alas del terror llevó la fama;  
Que el rey pide un extracto del proceso  
Y, tras leerlo, a su ministro llama,  
Y al virrey Villalón llega un expreso  
Pocos meses después, para que sufra  
Muerte vil de garrote la vil dama.

Iba a contarme el guía,  
Según supe después, los pormenores  
De la prisión de Inés, quien, su sentencia  
Leer oyendo, prorrumpió en clamores  
De ira y duelo y las manos se mordía,  
Mostrando hasta la fin su impenitencia.  
Iba a explicarme en su lenguaje extraño  
A cultura y ficción, cómo cubrieron,  
Noble por ser Inés, con negro paño  
El tablado de pino resonante  
A que, sin vida casi, la subieron  
De la curiosa multitud delante;  
Y cómo, vuelta a la espaciosa plaza,  
Y al tosco banco y respaldar sujeta,  
Su garganta gentil ciñe y aprieta

Y hace al cabo crugir férrea tenaza;  
 Quedando, a poco, inmóvil el convulso  
 Cuerpo, y el blanco rostro amoratado,  
 Y sin latir el corazón ni el pulso,  
 Y el pueblo enfrente mudo y aterrado.

Iba a decirme que en región extraña  
 Vagó Román y que llevó consigo  
 Del reprobado amor que hubo en su pecho  
 Recuerdo que le daña,  
 De su tranquilidad fiero enemigo.  
 Que su pena y horror más cada día  
 Creciendo fueron, y, después, tocado  
 De la celeste gracia, en un convento  
 Lavó con llanto amargo su pecado,  
 A su felice conversión dió cima,  
 Y, austero cenobita y venerado,  
 Murió en olor de santidad en Lima.

Iba el guía a contarme  
 Esto y acaso más, cuando le falta  
 De repente la voz, su diestra tiende  
 Hacia el camino, y del asiento salta.  
 Se le eriza el cabello, se santigua;  
 Suelos aullan los lebreles viendo  
 A la espesura lóbrega contigua.  
 Traidor ataque súbito temiendo  
 De bandoleros yo, mi rifle tomo  
 A la defensa listo y, entretanto,  
 El buen Andrade que temblaba como

Débil hoja al embate de la brisa,  
 «Es el muerto» me dijo con espanto,  
 Emprendiendo la fuga a toda prisa.  
 En vano yo seguirle pretendiera,  
 Que a la del ciervo iguala su carrera.  
 En rapidez, e insólito deseo  
 Tengo de ver la aparición terrible;  
 Los ojos abro hasta donde es posible,  
 Lector, y, sin embargo, nada veo.  
 Nada turbaba la serena calma  
 De sitios que recuerdo con cariño,  
 Donde a la vez hallaron, desde niño,  
 Vigor mi cuerpo, inspiración mi alma.  
 Mientras, el compañero,  
 Sin dar tregua á la fuga, a la siniestra  
 Mano tomó por áspero sendero  
 Que asilo en choza rústica le muestra.  
 Llama a la puerta, de terror transido,  
 Ábrenle los pastores alarmados;  
 Mas, la luz del hogar no bien ha herido  
 Sus ojos ofuscados,  
 Cae el hombre en el suelo sin sentido.

Si, tras años y azares,  
 Con el ardor antiguo y sed de gloria  
 No me ha faltado, acaso, la memoria,  
 En aquestos cantares  
 De la «Cuesta del Muerto» os dí la historia.